

¿CÓMO? ¿SÍ! ¿TRINIDAD! Por Javier Leoz

1.- Misterio, fiesta, gloria, cielo, común unión, complicidad o “los tres a una” pueden definir perfectamente esta primera Solemnidad que celebramos dentro del Tiempo Ordinario recién retomado después de la Pascua.

-Misterio. Nunca llegamos a alcanzar lo que representa y es en sí misma la figura de Dios. Difícil estamparlo en un dibujo e, incluso, de mil maneras puede ser posible pensarlo y pergeñarlo en nuestra mente. Pero lo cierto es que, soñar con Dios, significa pensar en Él en el día a día sabiendo que Dios, ante todo es familia y que va mucho más allá de nuestras categorías humanas o divinas que podamos establecer sobre Él. Un Misterio que, no obstante, se hace cercano, aunque aparentemente sea indescifrable.

-Fiesta. Porque, después de la Pascua, todo apunta y despunta en la Santísima Trinidad. Hacemos fiesta y alabanza porque, en ese secreto indescifrable, sabemos que se encuentra la magnanimidad de Dios que es Padre, que se visualiza con el Hijo y que permanece en nosotros con el Espíritu Santo. No se rompe ni mucho menos, pero, siendo tan diferentes, son misma esencia. Fiesta porque, un cristiano, disfruta cantando, alabando y bendiciendo a la Trinidad que habita en lo alto del cielo.

-Gloria. Destinados, desde el Bautismo, a participar de la misma suerte de Cristo no concebimos el final de nuestra historia sin el mismo final que Jesús tuvo después de su Ascensión: visionar cara a cara la gloria del Padre. Ese es nuestro triunfo y nuestro reto: que nada ni nadie nos aparte de la gloria del Padre. Que las “pequeñas glorias del mundo” no nos alejen de aquella auténtica y definitiva que nos aguarda en la eternidad. O dicho de otra manera: ojo con los “trinos del mundo” y miremos mucho más al que es UNO Y TRINO en el cielo.

-Común unión. Es el secreto más profundo y vigoroso de la Santísima Trinidad. Es el aceite que hace posible que, el motor, se mantenga a punto. No se entiende el “feeling” entre los tres personajes de la Santísima Trinidad si no es por el amor que existe entre ellos. No es cuestión de caerse bien o mal. Las tres personas, Padre, Hijo y Espíritu, no se entienden de forma individual. Están unidos por el amor y, ese amor, es la razón de su ser.

-Complicidad. Lo reconocemos en las múltiples manifestaciones que Dios ha tenido a lo largo de la historia de la humanidad. El Padre, habla por el Hijo. Se encarnó y ha compartido con nosotros su humanidad (pequeño y hombre en Belén); hemos visto su cara solidaria, ha curado enfermos, levantado muertos de su fosa, devuelto la vista a los ciegos y el oído a los sordos. La complicidad de las tres personas se manifiesta en algo real y palpable: los tres a una llevan a cabo la obra de la redención del hombre.

2.- Nuestra fe, hoy más que nunca, contempla a un Dios comunitario. A un Dios familia. A un Dios que disfruta siendo Padre, Hijo y Espíritu. Un Dios que, entre otras cosas, nos promete un final feliz donde brillarán nuestros ojos al contemplar –entonces sin secretos, acertijos o laberintos- la inmensidad de su rostro divino.

Pidamos al Dios que no nos deje de sorprendernos. Que, en cada amanecer, en cada eucaristía, en la lectura de su Palabra, en la práctica de los sacramentos, en la próxima procesión del Corpus Christi se nos vaya revelando y, a la vez, velando para que nunca dejemos de tener apetito de Él, curiosidad por El y amor por El.

¡QUIEN TE DESCUBRIERA, MI DIOS!

Tan Único y, a la vez tan distinto
como Padre, Hijo y Espíritu Santo
pero, sabiendo que el AMOR,
puede interpretar tan gran secreto.
Eres el Dios con nosotros y, todavía,
andamos empeñados en caminar solos
en creer y vivir incomunicados
en amarnos, más a nosotros mismos,
que disfrutar dándonos a los demás.

¡QUIEN TE DESCUBRIERA, MI DIOS!

Como Alguien que no alcanzo a entender
pero, como Alguien, que vive conmigo
que se ofrece en un misterio de Tres personas
que habla con la fuerza y la autoridad del Padre
que ama con las manos y el cuerpo del Hijo
que quema con el fuego del Espíritu Santo

¡QUIEN TE DESCUBRIERA, MI DIOS!

Como Dios verdadero, único e indiviso
Como Dios futuro,
pero presente en nuestras tribulaciones
Como Dios familia, y llamándonos a la comunión
Como Dios que busca la unión, y no la dispersión

¡GRACIAS, SEÑOR!

No eres un Dios solitario
No eres un Dios cerrado
No eres un Dios independiente

¡GRACIAS, SEÑOR!

Porque, en tu intimidad,
sabes desplegar en tres personas tan distintas
pero en un mismo Dios verdadero

¡GRACIAS, SEÑOR!